
Lima, 24 de Noviembre de 1966.

Queridos Hermanos:

El día de la conmemoración de todos los fieles difuntos, en esta Casa Inspectorial, cerraba sus ojos para siempre y volaba al premio eterno nuestro muy apreciado y querido Hermano de votos perpetuos

Coad. Manuel Castillo Barón, S. D. B.,

a los 60 años de edad y 32 de profesión.

El Señor Manuel Castillo nació en Huancabamba (departamento de Piura) el 29 de enero de 1907, fiesta de San Francisco de Sales. Fueron sus padres don Moisés y doña Elvira Barón, ejemplares cristianos que supieron educar cristianamente a sus hijos.

En su juventud llegó a conocer a los Salesianos de Piura y con ellos brotó su vocación salesiana. El año 1929 ingresó al aspirantado salesiano de Magdalena del Mar. Era ya mayor de edad pero con su buen carácter se amoldó muy bien a la vida salesiana; fue un valioso ayudante para la asistencia de los mismos aspirantes. Al terminar en 1932 sus cuatro años de aspirantado fue admitido al Noviciado. El Padre José Serra, entonces Director, dió del candidato este juicio: "Da esperanzas de ser un buen coadjutor". Los 32 años de vida salesiana confirman plenamente este juicio. El habría querido llegar a ser sacerdote, pero conociendo mejor la vida salesiana y la vocación del Coadjutor Salesiano, optó por esta vocación.

El año 1933 hizo su noviciado en la Casa de Magdalena del Mar con el nuevo Maestro de Novicios que fué el Padre Ambrosio Tirrelli, reliquia viviente de los tiempos de Don Bosco. Formado en tan elevada escuela de salesianidad conservó por toda la vida una escrupulosa fidelidad a las normas de la vida religiosa salesiana.

El 21 de febrero de 1934 en manos del Padre José Reyneri hizo su primera profesión. Ya Salesiano fué enviado a la Casa de Puno como asistente y dispensero. Allí trabajó durante cinco años y lo hizo siempre con abnegación y dedicación.

El año 1939 fué enviado a la Casa de Magdalena del Mar como Sacristán de la Iglesia Parroquial. Aquel año fué admitido a los votos perpetuos y se dio de él este juicio: "Buena salud — capacidad suficiente —y mucha piedad — un poco lento en su trabajo". El 31 de enero de 1940 emitía su profesión perpetua.

Desde 1939 hasta 1955 fue sacristán de la Iglesia Parroquial del Sagrado Corazón de Jesús en Magdalena del Mar. Desde 1956 hasta su santa muerte fue sacristán de la Basílica de María Auxiliadora en Lima. 27 años de trabajo salesiano al servicio del Corazón de Jesús y de María Auxiliadora.

En su trabajo fué siempre muy ordenado y diligente. Al pensar solo en la frecuencia de funciones litúrgicas y en la solemnidad con que se debían hacer, se apreciaba la abnegación de nuestro Hermano que a todo pensaba con solicitud religiosa. Muchas veces se quedaba por la noche en la Iglesia hasta haber terminado todo su trabajo diario.

Son muchas las Santas Misas que se celebraban en María Auxiliadora; muchos son siempre los sacerdotes de la Casa Inspectorial y los huéspedes de otras casas; son también frecuentes los Salesianos de otras Naciones en tránsito por Lima. A todos el Sr. Castillo atendía con solicitud y con verdadera devoción a los Señores Obispos. Son innumerables las Misas que ayudaba, siempre con generosidad y fervor. A los Sacerdotes pedía siempre un "memento" por sus intenciones, pues estaba bien compenetrado del valor del Santo Sacrificio de la Misa.

Nunca estaba ocioso. Era asiduo lector de obras serias e ilustrativas; leía con gusto las revistas salesianas y otras publicaciones de nuestra Congregación. La limpieza diaria de la Basílica, de los altares, el cuidado de los ornamentos sagrados, el arreglo de las flores, la preparación de las funciones sagradas, le dejan muy poco tiempo libre, pero el lo aprovechaba para rezar y leer.

Los aspirantes, novicios y clérigos Salesianos que pasaron por Magdalena del Mar en aquellos años lo recuerdan mucho y admiraron siempre su espíritu de sacrificio y bondad. Lo mismo los Salesianos que han vivido con él los últimos años.

Tenía el don de hacerse querer; fué amable con todos; nunca se le vió irritado o molesto; sufría con calma los contratiempos y molestias de los celebrantes; atendía a todos los feligreses y hacía todo

lo posible para contentarlos; tenía una manera muy propia para invitar a los sacerdotes para atender las confesiones de los fieles o la distribución de la comunión o administrar el Bautismo. Mucho lo querían los fieles de la Parroquia porque lo veían siempre dispuesto a prodigar generosamente algún favor.

Supo decir y hacer observaciones a su debido tiempo a todos aquellos con quienes trataba, pero siempre con mucha caridad. Avisaba también a las personas que no venían a la iglesia con la modestia propia del lugar sagrado y recomendaba a los sacerdotes dar los avisos necesarios.

Su piedad era muy notoria; lo demostró con el cumplimiento religioso de oficio de sacristán durante tantos años; santificó su trabajo diario. Era fiel a las prácticas comunitarias y se sentía contento de su vocación de coadjutor salesiano.

Era exacto observante de sus obligaciones religiosas y salesianas. Todos los meses pedía con anticipación su turno para dar su cuenta de conciencia. Siempre sencillo y abierto; jamás tenía alguna queja y menos alguna palabra de crítica. Ante ciertas situaciones él solía repetir con sinceridad solamente estas palabras: "Que vean los Superiores."

La salud que siempre lo acompañó, en los últimos años comenzó a sufrir quebranto. En 1963 fué sometido a una operación de hernia. Se repuso y reanudó su trabajo.

Este año comenzó a sufrir nuevas molestias; su mal parecía una cosa sencilla, pero el organismo no reaccionaba como debía. Esperó que pasase el mes de fiesta de María Auxiliadora para ponerse a disposición de los médicos. Fué atendido con toda caridad por nuestros bienhechores los doctores Guillermo Marquina y Teófilo Rocha. Estaba obligado al reposo, pues no debía caminar. Pasó un tiempo en nuestra casa de Noviciado en Chaclacayo, gozando del sol que en Lima no se veía.

Sin embargo el mal progresaba; después de una junta de médicos fué internado nuevamente en el Hospital para ser sometido a nuevos exámenes. El diagnóstico fué un tumor maligno, incurable e inoperable.

Fué traído nuevamente a la Casa Salesiana. Al conocer el estado de su enfermedad y de su gravedad, quedó tranquilo.

Sig. Directore

CASA GENERALIA

Se le invitó a pedir la gracia de su curación al venerable Don Miguel Rúa, prometiéndole que de obtenerse la gracia habría participado a su próxima beatificación. Gustoso accedió. En todas nuestras casas y en las de María Auxiliadora, así como los fieles de la Parroquia, se rezaba a Don Rúa por la salud de nuestro querido Hermano Coadjutor.

El mal siguió progresando y al terminar la Novena el Señor juzgó mejor llamar al premio eterno a su fiel servidor. Recibió con serenidad los últimos sacramentos que le administró el Revmo. Padre Inspector Carlos Cordero.

En la mañana del 2 de noviembre expiraba serenamente y ese mismo día recibió la abundancia de los sufragios de la Iglesia. El que tantas Misas había escuchado piadosamente y tenía tanta fe en el Santo Sacrificio, el día de su muerte recibió este sufragio tan deseado.

Estamos seguros que su última enfermedad, soportada pacientemente sin nunca quejarse mínimamente, lo purificó de las manchas de esta vida. Jesús Sacramentado, María Auxiliadora y Don Bosco, así como fueron sus tres grandes amores durante la vida, así también fueron su consuelo en el momento de la muerte.

Su funeral fué una manifestación del aprecio y del cariño que tenían por él todos los Salesianos y todos los feligreses de la Parroquia.

En vuestras oraciones recordad, queridos Hermanos, el alma de nuestro ejemplar Hermano Coadjutor y pedid para que el Señor envíe a esta Inspectoría muchos y santos Coadjutores.

Vuestro Afmo. hermano en Don Bosco,

Sac. JOSE SAFARIK, SDB.
Director.